

LA MANO NEGRA

Mi infancia son recuerdos enmarcados en una pantalla de plasma que colgaba de la pared del salón: dibujos animados, programas educativos, películas infantiles y los aburridos e incomprensibles informativos que despertaban el interés de unos abuelos adormilados ante la pantalla.

No soy capaz de dibujar ahora en mi memoria los rostros de ningún personaje animado, sin embargo, como si fuera ahora mismo, y no en un remoto tiempo pasado, estoy contemplando nítida en mi memoria la imagen de una mano negra agitándose en la pantalla de plasma ante mi mirada curiosa y el pánico reflejado en los ojos atónitos de mis abuelos.

La mano negra se mueve una y otra vez, como agitada por el viento, por encima de un muro gris de hormigón, y unos obreros, indiferentes a la mano, colocan unos bloques hasta que la mano desaparece de la pantalla.

Aquel es mi primer recuerdo de la mayor construcción jamás realizada por el hombre y la única visible hoy en día desde el espacio: una muralla de 50 metros de altura y 50 de anchura que blindaba todo el perímetro de Europa. A su lado la Gran Muralla China deja de ser grande y, desde entonces, ya nadie recuerda sus ruinas. Hoy en día cualquier niño dirá que las mayores murallas son la europea y la estadounidense.

Y, sin embargo, ahora, cuando estoy narrando que conocí su construcción, es la mano negra agitada al viento lo que cruza mi mente y no los pesados bloques de hormigón, ni sus gigantescas torres, ni el discurso del presidente de los Estados Unidos de Europa el día de su inauguración, ni el cava que mi padre abrió ese día para celebrarlo.

Mucho tiempo después comprendí lo que la muralla significaba, pero entonces no entendía por qué los mayores celebraban tanto la construcción de una pared tan gris y tan fea.

La opinión pública de la época apoyaba su construcción, por supuesto. Su sensación era la de navegar en un barco de pasaje limitado y aquella afluencia masiva de emigrantes africanos y asiáticos iba a provocar el hundimiento y el naufragio.

Se compadecían de la hambruna que había azuzado el éxodo masivo de inmigrantes; pero ellos no podían hacer nada más que evitar su propia hambruna, si toda aquella gente invadía Europa. Se quedaban ahí, en la superficie, negándose a profundizar en las causas, negándose a aceptar que aquel apocalipsis bíblico lo habían provocado el monocultivo y la especulación sobre los alimentos básicos. Monocultivo y especulación dirigidos y alentados desde este lado del muro.

Después llegaron las deportaciones masivas. Miles de inmigrantes africanos en situación irregular, tolerados hasta entonces por la imposibilidad de expulsarlos a sus países de origen y que vagaban sin rumbo por Europa, fueron detenidos como delincuentes y, sin cargos contra ellos, sin juicio previo, fueron abandonados a su suerte al otro lado del muro. Fueron sanciones administrativas sin tutela judicial aplaudidas y aclamadas por la inmensa mayoría de los ciudadanos europeos.

Me recuerdo a mí mismo en el patio del colegio gritando “fuera, fuera, fuera” y abucheando a los niños inmigrantes que se llevaba la policía de inmigración.

No era el único. Animados por las maestras nos agolpamos todos a la salida del colegio y, protegidos por la multitud, lanzamos insultos y obscenidades que nunca creí que unos niños pudieran pronunciar.

No me siento orgulloso de ello, pero he prometido no omitir nada y nada omitiré. Ahora estoy cansado. ¿Podría beber un vaso de agua?

Ya veo que están muy ocupados, disculpen, seguiré entonces. Gracias por escucharme.

Mi juventud son recuerdos virtuales en 3D a través de las gafas de realidad aumentada imprescindibles para sobrevivir en aquella época.

Confundo la realidad con las imágenes virtuales proyectadas y podría asegurar ahora que no recuerdo si mi primer amor fue de carne y hueso o un avatar exuberante y voluptuoso creado por una empresa multimedia.

Al principio nos quitábamos las gafas para diferenciar lo real de lo virtual, pero paulatinamente el mundo real se fue vaciando hasta el punto de que el mundo virtual se hizo mucho más atractivo que el real y ya dejamos de preguntarnos qué era verdad y qué era imaginario.

Con 20 años hice el servicio militar europeo sin vestirme un uniforme y sin tocar un arma. No fue necesario. El vilipendiado servicio militar obligatorio había sido suprimido en muchos estados de Europa, pero con la construcción del muro se vio necesario su restablecimiento para vigilar tantos kilómetros de frontera.

No era necesario un servicio militar del siglo XX. En el XXI bastaba con conocer la realidad virtual y con ser un jugador mediocre de juegos en 3D. En 6 meses de servicio militar no llegué a pisar el muro, ni siquiera a divisarlo en la lejanía.

Permanecí dentro de una enorme sala de juegos vigilando a través de mis gafas de realidad aumentada las pantallas de 3D que mostraban mi segmento de muro y, de vez en cuando, hacía despegar un dron, guiaba su trayectoria por encima del muro y disparaba sus misiles contra un grupo de negros que se acercaba demasiado a mi trozo de frontera.

Nunca supe si el dron, los misiles y los seres humanos eran reales o virtuales. Y nunca quise saberlo. Estaba prohibido.

Todo el mundo sabía que aquello eran ejercicios para mantenernos alerta y todo el mundo sospechaba que nadie en su sano juicio sería capaz de arriesgar su vida acercándose al muro.

Tal vez alguna de aquellas misiones fuese real y tal vez alguno de nosotros se manchase la consola de sangre, pero era una sangre virtual, al fin y al cabo, y todos teníamos la sensación de participar en un fusilamiento donde todos disparábamos con balas de fogeo.

No voy a aburrirles con mi matrimonio y mis dos hijos, tampoco con mi trabajo. Decirles tan solo que fui maestro infantil y que todavía puedo seguir siéndolo, si ustedes lo creen útil. Yo enseñaba a leer, a escribir, a usar las gafas de realidad aumentada, a preguntar a los ordenadores y a saber interpretar sus respuestas.

Fue una época feliz. Sobre todo, por el nacimiento de Julio y de César: mis dos hijos. Algunos historiadores argumentaban que habíamos llegado al final de la Historia: la era virtual. Otros añadían: la era virtual insolidaria, porque nos habíamos encerrado tras un muro inexpugnable y no compartíamos nuestro conocimiento ni nuestra riqueza con los países del otro lado.

¿De verdad que no pueden ofrecerme un vaso de agua? A mi edad se le seca a uno la garganta en cuanto habla más de 5 minutos. De acuerdo, no estoy en posición de exigir nada. Seguiré, dándoles las gracias una vez más por escucharme.

Debo referirme ahora a la segunda mano negra de esta historia. No es la imagen congelada de una mano negra agitándose al viento en demanda de auxilio la que acude ahora a mi mente cansada. Esta segunda mano es invisible y siniestra. De hecho, no existen pruebas que confirmen su existencia y la mayoría de historiadores hablan de una causa desconocida.

Sin embargo, la opinión pública tenía la convicción de que había una mano negra detrás de la gran pandemia de la década de los 50.

No sería la primera vez que un virus mortal escapaba de un laboratorio o, lo que es peor, era liberado conscientemente para propagar la epidemia y vender posteriormente la vacuna a una población aterrorizada que pagaría cualquier precio por salvar la vida.

Nunca hubo pruebas que pudieran atribuir a nadie la propagación del terrible virus y quizá fuera ciertamente una mutación natural del virus de la gripe. O tal vez un mecanismo natural de defensa del planeta contra la especie que lo estaba esquilmando. O quizá alguna de las decenas de teorías que circularon por aquellos años fuera la correcta; pero lo cierto es que la gente estaba muriéndose y no aparecían por ningún sitio una medicina o una vacuna eficaces.

Al principio pensamos que el laboratorio farmacéutico estaba esperando a que la magnitud de la tragedia fuera tal que los supervivientes les ofrecieran un cheque en blanco por el remedio.

Cuando la epidemia se convirtió en pandemia, cuando los hospitales se colapsaron, cuando la gente dejó de ir a sus trabajos, el comercio y la economía se paralizaron y los supervivientes se atrincheraron en sus casas repletas de alimentos en conserva, supimos que no existía vacuna, que no había solución y que la única esperanza posible residía en la ciencia.

El pánico se extendió más rápidamente que la pandemia. El caos invadió las calles; el pillaje, las tiendas; las peleas, los edificios.

La vida no valía nada y, con frecuencia, se mataba por una lata de conservas o por acercarse demasiado a otra persona horrorizada ante un posible contagio fatal.

Fueron tiempos de plomo. Parecía que de un plumazo mil años de evolución se habían borrado de la faz de Europa y habíamos vuelto a la Edad Media.

El virus se propagaba por el aire, entraba por las vías respiratorias, bastaba con tocar a alguna víctima, con llevarse las manos a la boca o a la nariz y al cabo de dos días se manifestaba una gripe, que parecía la de todos los inviernos, pero que esa vez resultaba letal.

Sumidos en la confusión, luchando por la propia supervivencia, nadie reparó en que ningún africano acudía a los hospitales colapsados. A pesar de las deportaciones masivas de mi infancia, existía una minoría residual de inmigrantes ilegales viviendo de las sobras o de la caridad. Ninguno de ellos tenía tarjeta sanitaria, pero en un caso de vida y muerte como aquél... ¿No acudirían al hospital?

Debió de ser algún médico quien se hizo la pregunta y debió de ser él mismo quien, aun a riesgo de su propia vida, recorrió las calles sin ley de su ciudad para realizar un descubrimiento que cambió la Historia.

¿No podrían traerme un vaso de agua? Me emociono al recordarlo y las lágrimas van a secar aún más mi garganta. Está bien, Seguiré entonces, disculpen si se me quiebra la voz.

Ustedes se sentirán orgullosos. Es para estarlo. Aquel médico anónimo descubrió que los 'sin papeles' no acudían al hospital porque no estaban enfermos. Por alguna extraña razón aquella escoria de la sociedad, expulsada y apartada de nuestra civilización tecnológica, era inmune a la pandemia.

Lo que sucedió después está escrito en letras de oro en los libros electrónicos de Historia: el ejército europeo deteniendo a los inmigrantes africanos, los científicos exponiéndolos a la pandemia y estudiando su reacción, los científicos investigando el mecanismo de defensa, los laboratorios fabricando una vacuna para salvar al primer mundo.

Necesitaron 6 meses para descubrir la vacuna, 6 meses de caos y muertes, 6 meses en los que perdí a mi esposa y a mis hijos, 6 meses en los que lo perdí todo, 6 meses en los que me expuse al contagio, al principio para buscar ayuda y alimentos para ellos y después para unirme a su cruel destino, 6 meses en los que por una cruel venganza del destino yo sobreviví, 6 meses que cambiaron mi vida, 6 meses en los que la Muerte no quiso llevarme.

No crean que trato de conmovierlos con mi tragedia personal, solamente es que no puedo hablar de aquel tiempo sin que de mis labios escape una referencia a mi familia. Su recuerdo les hace revivir, al menos en mi memoria, y yo luché tanto para que ellos sobrevivieran...

Les decía que los científicos descubrieron una vacuna, pero para fabricarla necesitaban la sangre de las personas inmunes, para fabricarla necesitaban la sangre de África. Y para fabricar millones de vacunas necesitaban millones de africanos, que debían de estar malviviendo al otro lado del muro vigilado por nuestros terribles drones.

Y así fue cómo se abrieron las mil puertas de la muralla europea y cómo los descendientes de aquellos inmigrantes expulsados de Europa comenzaron a llegar para salvarnos de la extinción.

Bastaron dos años más para controlar la pandemia y vacunar a los supervivientes. Y otro más para hacer un acopio de vacunas suficiente para el futuro. Habían pasado 4 años desde el estallido de la pandemia y 200 millones de europeos habían perecido en ella. ¡Más que en las dos guerras mundiales!

La Europa anterior a la pandemia había desaparecido y 100 millones de inmigrantes africanos compensaban en parte el desastre, además de habernos salvado de la desaparición.

No puedo asegurar que la convivencia fuera ejemplar y que se les agradeciera lo suficiente su sangre salvadora. Yo en aquella época deseaba morir para unirme a mi esposa y a mis dos hijos en el Más Allá y el final de la pandemia había sido para mí otra desgracia más.

Disculpen mis lágrimas. No crean que son fingidas. ¿Ni siquiera ahora podrían darme ese vaso de agua? Acabaré rápido, no se preocupen, ya estoy terminando.

Treinta años duró aquel idilio con los africanos. Y en ese tiempo fueron integrándose en la nueva sociedad multicultural y quizá al cabo de otros 30 años más hubiésemos creado una sociedad mestiza, pero antes de que eso

sucediera, un laboratorio farmacéutico logró sintetizar la vacuna de la pandemia sin necesidad de sangre africana. Aquel descubrimiento cambió la Historia. Ya no era necesaria la presencia de millones de africanos en Europa.

No hay memoria más volátil que la de la opinión pública, ni diana más expuesta que la del color de la piel. Resurgieron partidos políticos xenófobos, nos vimos inmersos en una crisis económica y un domingo nos vimos votando y dando la victoria a un partido que prometía cerrar la muralla y expulsar a los africanos que nos habían salvado de la extinción 30 años antes.

‘Quien no conoce la Historia está condenado a repetirla’, pero nos creímos más listos que la Historia y, ahora que vivíamos 100 años, pensamos que la vacuna sintética nos haría inmortales.

Impávidos asistimos a la deportación masiva de los africanos, que salvaron nuestra civilización, y al refuerzo de la muralla.

Esta vez estaba yo brindando con cava por la expulsión de aquellos que no habían llegado a tiempo para salvar la vida de mis hijos y de mi esposa.

Lo que sucedió después ya lo han vivido ustedes a pesar de su juventud: monocultivos transgénicos azotados por una terrible plaga, hambruna europea, segunda pandemia, muerte, miseria, desolación y emigración masiva.

Y en nuestra huida desesperada llegamos hasta la gigantesca muralla inexpugnable levantada por nuestros padres, la abrimos y comprobamos horrorizados que ustedes están al otro lado y no nos dejan salir de Europa, no nos dejan escapar del hambre, de la miseria y de la muerte.

Yo soy un viejo, pero estos niños sin padres que llevan días en la cola conmigo... ¿No les dejarán a ellos entrar? ¿No acogerán ustedes a estos inmigrantes europeos? ¿Y a mí, no me traerán al fin un vaso de agua?